
Pablo Soler Frost

La guerra entre la Langosta y el Doctor Greene



Como viajeros ingleses, curiosos, impertinentes, llegaron los grillos a las calles de Corregidora y sus aledaños, entre los montes que bajan a derramar su bondad cerca de la avenida y los llanos donde se jugaba en tiempos de S. A. S. Llegaron en septiembre. Al jardín del doctor Greene lo honraron con una visita exploratoria el día siete. El día octavo el buen hombre encontró entre quince y veinte grillos, ocultos en la relativa seguridad de una planta de Belén, lozana, todavía. Un sonido llamó su atención. El deshacer un terrón sonaba tal a los grillos verdes que pasaban de un jardín a otro, en torpe, lenta, constante tensión... La hiedra, malevolente, les proporcionó una ruta segura, un territorio neutral, un corredor. Provenían, me anunció Don Patrocinio por teléfono, de los campos cultivados que envuelven, cual sogas, el cuello del volcán. Y de Allende, acelerados por la urgencia debida a su alta densidad.

Los Belenes, que podríamos figurar aguerridos, fueron, tan sólo desafortunados; las gavillas de helechos, el plumbago, defoliados en el transcurso de apenas tres días más, en que el doctor Greene y su jardinero, un anciano señor de Tianguistengo, no hicieron nada sino enojarse y, con un palo, fustigar a la langosta, mochando las coronas de las plantas, que es lo que comen al último, por lo común.

El jardinero fue a preguntar a la señora de enfrente, y al taller mecánico de la esquina. Los grillos morían en la grasa, atraídos, se imaginaba Greene, por el etéreo olor de las golosinas, como lastimosas aves de los mares del Norte. Que todo lo comían, menos el colorín, el fresno, el acanto, hiedra e higueras. Higueras y fresnos por ser sagrados: los otros eran tóxicos.

—¿Y el césped?, preguntó Greene al regreso de Don Chucho.

Ése tampoco. Debería comprarse veneno.

Don Patrocinio no deseaba salir de su casa. Su espalda le dolía sentado, y cuando caminaba; ni qué decir de agacharse. Pero sus rosas *Luto de Juárez*, *Königin der Rosen*, *Chrysler Imperial*, peligraban. Era necesario, por tanto, la solemne dedicación de todos los miembros de la casa para defender a las plantas, a la magnífica arte topiaria de Don Chucho, y a rosas, azaleas, pensamientos, y otras, alguna esdrújula.

Tomó su coche negro, y con gran dificultad, porque la calle de Belisario es muy

estrecha, lo sacó de su garage. Bajó por Belisario hasta la gran avenida y tomó para el Aurrerá. Se extravió en el estacionamiento, hasta que descubrió una escalera de caracol que lo llevó a la entrada del emporio. Pasó sin ver por las secciones de fotografía, pues sólo él podía dibujar los mapas que mostrasen sus avances e inexcusables retrocesos, por los ultramarinos y por la sección de modernas chinerías. Las tijeras para podar y el olor animal del abono le indicaron que había encontrado el pasillo jardinero.

Tardó en decidirse, pero por fin llevó consigo un polvo hecho de azufre contra los insectos de follaje, otro que en su carátula tenía un gran grillo negro, y ddt en abundancia. Se colocó sus guantes y los guardó dentro de una bolsa, pues no quería contaminar un carrito.

Se había hecho tarde. Salió por la calle de Calvario y enfiló para el campo de batalla. Mañana habría de terminar con ellos.

Los grillos apercibieron quizás un cambio en la atmósfera del lugar, y pidieron el máximo de refuerzos para resistir el ataque de los gases. Don Patrocinio pasó la noche consultando libros alemanes. Como las instrucciones de los venenos recomendaban la "completa atropinización" del paciente, buscó en su herbario una colección de flores, hojas, tallos y plantas enteras de belladona. Tarde ya obtuvo los largos prismas de gusto amargo. La atropina había sido usada como antidoto de los trilonos en la primera guerra, pero su uso no era más recomendado, por su alta toxicidad.

Era eficazísima, puesto que su acción lograba una paralización parasimpática de las inervaduras, restando fuerza a los espamos que tales venenos conllevan. Durmió bien. Casi no movió las cobijas de su sitio. Se despertó, rezó un Ave María, borró el rastro de su figura en la cama, fue al baño, se duchó con especial cuidado, vistió una camisa a cuadros verdes y *lederhosen*, y se calzó unas botas de piel de pejelagarto, medio arruinadas.

Con el tarareo de una canción, un buen desayuno en el estómago y una copa de champaña que creyó necesaria para levantar el ánimo del ejército, salió al jardín. Don Chucho se mostró a la altura de las circunstancias. Había preparado el aspersor que habría de recibir el líquido mortal, guantes de lona, y estaba provisto de una red sobre su proverbial cachucha de los Acereros, de los que era devoto.

Meter presión en el aspersor fue un brete, pero, una hora más tarde, estaba ya lleno. Cuando pisaron el pasto, pareció que una reacción en cadena tuviese lugar. Las partículas del gran cuerpo de la langosta se precipitaron en todas direcciones, comunicando con su cambio de posición, la presencia de un objeto extraño en las cercanías. Don Chucho cargó el aspersor sobre su acostumbrada espalda. El doctor Greene cubrió sus espaldas armado con una cuchara con la cual esparcir el polvo blanco del frasco rosado, bellos colores para morir.

Ambos combatientes se separaron. Emprendieron la tarea con paciencia. La primera oleada de grillos había adquirido ya el color oscuro de la madurez. Una segunda generación había crecido ya para el catorce de septiembre, a la sombra del vergel de Don Patrocinio.

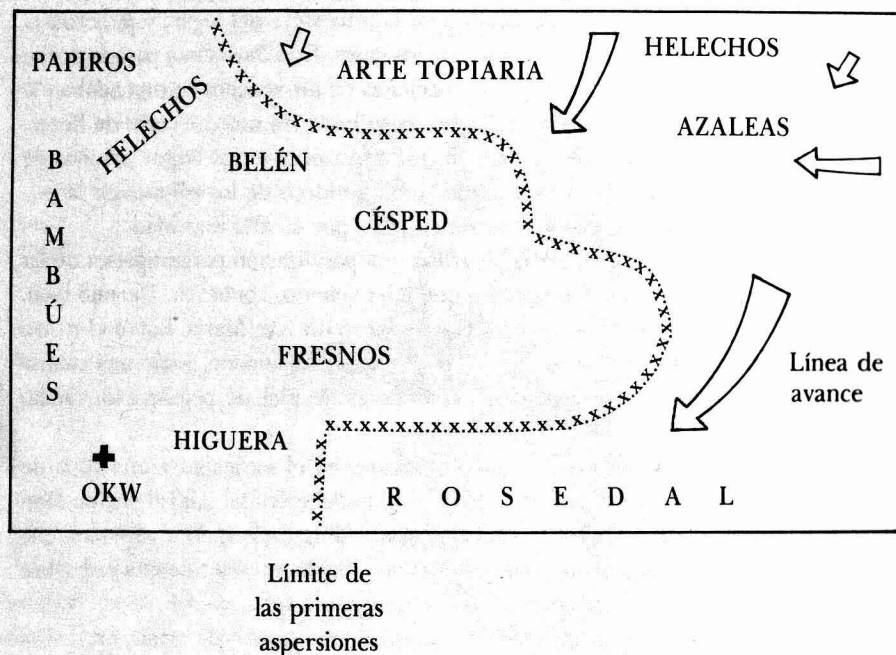
Durante dos horas, Don Chucho fue rociando la pared oriental, entre los papiros y los bambúes, otras especies a las que los grillos no eran afectos. No roció una retama, por un hecho singular. Una araña había defendido con éxito una rama, de la horda. Fue el primer y único bastión que hallaron. El doctor fue espolvoreando los rosales. Pero el viento de Tlalpam es traicionero. Una ráfaga le polveó la cara. De inmediato sintió un fuerte dolor en la cabeza. Vio las figuras brillantes que preludiaban una jaqueca. Siguió la náusea. Logró llegar al laboratorio. Un caimán disecado que tenía desde hacía muchos años lo miró con burla. "He de deshacerme de ese bicho", pensó. Logró el frasco con el contraveneno. Pensó aún en la extraña flexibilidad de los medios, que según su dosis, construían una rara escalera de la bondad al tóxico.

Su sueño le salvó. Se concedió a sí mismo dos días de permiso. Don Chucho había abierto una saliente en la confluencia de unas rocas y la pared oriente. Aumentó la dosis. Los grillos temblaban incontrolablemente, y luego se llevaban las patas al cuello. Algunos presentaban escoriaciones, y dejaban una mancha parduzca. Horas después, aún tenían movimientos reflejos.



El diecisiete, un poco mareado por los tequilas que tomó para celebrar, comenzó la batalla en los rosales. Casi setecientos gramos del veneno para insectos de follaje se consumieron en las primeras horas. Las hojas quedaron blanqueadas, como sepulcros; en la tierra los cadáveres de dos lojos de grillos. De pasada, doce mosquitos, una mosca, seis escarabajos y una larva que se envolvió en seda para protegerse, creyéndose segura dentro del sudario.

El dieciocho al doctor Greene lo tumbó en cama un catarro. Don Chucho tuvo que ir a su pueblo y a los grillos, literalmente, se les concedió un respiro. Habían aprendido a evitar ya la esquina y las paredes que hacían frontera entre el taller y la hiedra de Don Patrocinio. Pero del lado de unos vecinos que tenían un terreno muy descuidado, la legión proseguía su avance. Los residuos del veneno lograron detenerla, como se muestra en el mapa siguiente:



Pero al reanudarse las hostilidades, la langosta perdió su ventaja táctica. Hoja por hoja, se fue ganando terreno. Los gotas formaban una barrera impenetrable, de la que daban testimonio los cientos de cuerpos, asfixiados.

En las azaleas resistieron más tiempo, por causas no del todo explicadas. Pero la mañana del día veinticuatro, un silencio sepulcral cubrió el campo. Nada se movía, salvo la centinela araña, y, bajo la tierra, las lombrices, que han de sobrevivir siempre.

El doctor Greene, sudoroso, se permitió la libertad de invitar a Don Chucho con una cerveza. Las pérdidas habían sido insignificantes, el enemigo había mordido el polvo, en el aire se escucharon los primeros acordes de una sinfonía, muy conocida, de Bruckner, y la tarde misma pareció triste y gloriosa, satisfecha de sí, como después de un gran banquete... ◇

